



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

PERIODISTAS BURGALESES JACINTO ONTAÑÓN



Dirige *El Papamoscas*, y prueba su talento
la fama que ha alcanzado por toda la nación;
es fino é ingenioso, y agradable y atento...
¡Y para mí quisiera la gracia de Ontañón!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA, XXXI.
Burgos, por Sinesio Delgado.—Cosa corriente, por José López Silva.—
Una visita de cumplido, por Juan Pérez Zúñiga.—La casa del alma en
pena, por José Estremera.—¡Que no me caso, eal, por *el Doctor Fausto*.
—Correspondencia particular, por Miguel Lebrón.—Chismes y cuen-
tos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jacinto Ontañón.—Burgos.—Arsal, por Cilla.



Durante la semana hemos tenido fiesta solemne: la de la Purísima Concepción; y dicho se está, que casi todas las Conchas madrileñas celebraron sus días con más ó menos esplendidez y regocijo.

En el Vivero ha habido varias comidas de confianza, en las que no ha faltado el piano de manubrio con trozos escogidos de la *Gran vía*, el tango de *Cádiz* y otras piezas tarareables, y que han caído en poder de las multitudes.

Pero entre todas las funciones celebradas en la famosa posesión del Municipio, ninguna como la que dieron á sus amigos los papás de Conchita López. ¡Qué animación, qué movimiento y qué variedad en los comestibles! ¡Como que están en muy buena posición!

El Sr. de Esparraguet, valenciano de nacimiento y oficial tercero en la Dirección de Contribuciones, se prestó voluntariamente á hacer la paella, porque otra cosa no tendrá, pero lo que es disposición para estas cosas...

—A ver, ¿dónde está la sal? ¡Han traído VV. la pimienta molida! ¿No he dicho yo que la necesitaba en grano?... Estos pollos están poco fritos, y además son demasiado jóvenes. ¿Y el aceite? ¿Quién se ha llevado de aquí una cebolla? ¡Si sé yo esto, maldito si me comprometo á hacer el arroz ni á nada!

En medio de estas desesperaciones, Esparraguet es feliz, porque no hay cosa que le guste como un día de campo, y su mujer lo dice en voz baja á todo el mundo.

—Aunque le oigan VV. rabiarse no se apuren. El es así, pero tiene muy buen fondo.

La mamá de Conchita ayuda á Esparraguet en todo lo que puede.

—Doña Paca—dice él,—quítele V. el pellejo á ese ajo.

—¿A cuál? ¿A este rubio?

—A ese que está solo... ¿Ve V.? Ya ha confundido usted los ajos. Después querrán VV. que salga bien el arroz. Eche V. tres gotas y media de vinagre en esta tacita: si echa V. media gota más, me pierde V.

Doña Paca está aturdida y al querer alcanzar el perejil, mete el pie dentro de una cazuela, donde yace un cabrito, y le salta la tapa de los sesos.

—¡Insensata!—grita López—¿Qué has hecho?

—No lo sé—contesta ella.—Este demonio de Esparraguet me aturde.

—Porque quiero que el arroz salga como debe salir—replica Esparraguet, cogiendo un pollo por las piernas y precipitándolo en la cazuela.—Quítele V. las barbas á esos cangrejos. ¿Se sabe por dónde anda el pimentón? ¿Ha venido la yerbabuena?

Mientras la gente grave se dedica á las faenas culinarias, la juventud juega á las cuatro esquinas, al corro, á los colores y á otra porción de deliciosas tonterías.

—¿Usted no juega?—preguntan á un chico paliducho que está sentado encima de un barril de aceitunas sevillanas, y se limpia las uñas con un tenedor.

—A mí el campo me produce melancolía—contesta él.

—Porque estará V. enamorado—dice una chica.

El joven baja la cabeza y suspira.

—¿Qué es eso?—añade un señor de edad madura, que se muere por el jaleo campestre.—A la edad de usted, era yo un tronera de lo poco que hay. El año 55 fuimos

á comer á la Puerta de Hierro, y maté sin querer un niño de dos meses. Quise darle una broma á su madre, y metí el niño en una fiambrrera.

—¡Qué atrocidad!

—Cuando le fueron á sacar, se había asado él solo.

—Pues yo tengo un carácter muy triste, y eso que también estoy de días.

—¿Se llama V. Concho?

—No señor; yo soy Sisenando María de la Concepción. En casa todos nos llamamos así; sólo mamá es Inmaculada.

—Eso no puede ser.

—Pues es; pero generalmente la llaman Pancha, porque estuvo en Cuba dos años.

Esparraguet continúa rabiando, y la toma por último con su mujer, diciendo que no es para ayudarle, y que si no fuera por el compromiso, ya lo había echado todo á rodar.

—Vaya, D. Camilo, no se incomode V.—dice Doña Paca,—venimos aquí á divertirnos.

—Siempre pasa igual. Esta mujer conoce mi carácter, y sin embargo, ve paradas las cebollas y no es para quitarles el pellejo.

Después de grandes trabajos, Esparraguet grita lleno de satisfacción:

—Señores. Ya está el arroz.

—¡El arroz!—exclaman todos lanzándose como fieras sobre los tenedores.

Pero de pronto la frente de Esparraguet se nubla y deja caer los brazos con desaliento.

—¿Qué sucede?—pregunta Doña Paca.

—¿Cuánto apostamos á que no han traído VV. el azafrán?—dice Esparraguet, presa de la incertidumbre.

—Como no nos había V. dicho nada...—replica la señora de López.

—Pues la hemos hecho buena.

—¿Por qué?

—Porque el arroz ha salido pálido.

No es la palidez el defecto principal de aquel guisote; lo que tiene es un sabor insoportable á botica que notan con disgusto todos los comensales.

—¿A qué sabe esto?—pregunta López.

—Esto sabe á malvabisco—dice Conchita.

—No; á cerato—añade el joven tético.

Esparraguet, de pálido que estaba, se torna lívido.

—Ya sé lo que es—grita Doña Paca.—¡Yo bien lo decía! En vez de traer aceite común, he traído por equivocación el bálsamo tranquilo que usa López para el reuma.

Todos los convidados se ponen de pie, y alguno siente náuseas: López quiere devorar con los ojos á la compañera de toda su vida, y Esparraguet, herido en su amor propio, coge del brazo á su mujer, diciendo:

—Vámonos, Dorotea.

—Pero, D. Camilo...—se atreve á decirle la de López.

—Déjeme V., señora.

Y Esparraguet abandona el Vivero jurando no volver á hacer paellas, mientras no tenga confianza en la integridad de los aceites puestos á su alcance.

*
*
*

Ahora se discute con afán eso de la crisis agrícola, y como no se exige examen previo para tomar parte en esas luchas de la inteligencia, acuden á las sesiones muchos caballeros que no conocen más cultivo que el de la albahaca, como dice Ferreras.

Es posible que así y todo, la Asamblea produzca buenos resultados para la agricultura.

Hay que aprovechar nuestra fertilidad, en pro de la riqueza del país, procurando que broten toda clase de granos.

Menos aquellos que, años atrás, matizaban el cuello turgente de nuestro querido compañero Eduardo Bustillo.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXXI

BURGOS

A mío Cid don Rodrigo de Vivar, sétimo cielo, (donde le habrán afinado sus muchos merecimientos): Señor, si esta carta llega á vuestras manos de fierro y leáredes las cosas

que van puestas en el pliego, perdonad, buen Cid, á un home que, criado en otros tiempos, sin casco junto á la nuca ni armadura por el cuerpo, á la cara osa fablaros cual si non fuéades muerto.

¡Por Dios que si fuérais vivo dejara el atrevimiento, por si mis buenas razones tomábais como denuestos!

De cómo tenéis los puños de pesados y de recios dar fe pudiérame el Conde que, según el romancero, fuera, si non le matáredes papá político vuestro...

Tócame facer cantigas del lugar de vuestros fechos y, mejor que á vos, á nadie en ley ofrecerlas puedo. Discen los sabios de agora que vos sois un embeleco criado en la fantasía de los miedosos del pueblo, que vos cuelgan las fazañas que más les vienen á cuento, y ni vos matásteis moros, ni acrecentásteis los reinos, ni casásteis con Jimena, ni habéis nacido ni muerto. Que solo fuísteis fantasma soñada por los guerreros, aumentada por las viejas y temida de los viejos. En fin, que vos dieron fama quimeras de aquellos tiempos, y que los vuestros romances ya no pasan en aquestos, porque os achacaron guerras como hoy achacan los ciegos las agudezas á Sancho y los chistes á Quevedo. Yo, mío Cid, en las dudas, á las crónicas me atengo, y creo vuestras batallas y vuestras victorias creo, porque en Burgos se respira vuestro poderoso aliento; parece que la mesnada con banderolas y fierros, al són de roncós clarines torna con marcial estruendo, con su trailla de infieles amarrados como perros, y aquellas piedras del muro que volver en triunfo os vieron grabados tienen encima los rastros y los recuerdos.

Cuando agora llega un home con la ansiedad en el pecho á la perla de Castilla, gala y orgullo del reino, aquellas torres caladas que se divisan de lejos, coronando dinamente el más rico monumento que salió en remotos siglos de las manos de arquitecto, aquella antigua muralla de que sólo quedan restos, los campos, el aire, ¡todol le transportan á los tiempos en que blandiendo la espada terror de los sarracenos, llenásteis de gloria el mundo y las llanuras de huesos.

Pensárase que saldrían á rescebir al viajero en vez de mozos de cuerda turba de pajes y siervos, tropa con hachas y escudos y trompetas y escuderos...

Por desdicha, sólo quedan para atestiguar los fechos el solar donde vivisteis con los parientes y deudos, puertas, arcos, torreones, mudos vestigios eternos de aquel pelear de fieras y aquellos homes de acero, y un frío tan penetrante, que hiela entrañas y tuétanos, ¡ya lo sabéis, porque vos sentiríades lo mesmol

La Catedral es la joya que el ánima eleva al cielo; no hay en el mundo palacio del Señor, más gigantesco... labradas están sus torres como el encaje flamenco, cinceladas sus fachadas por un buril de maestro... grandiosa, sublime mole de maravilloso aspecto, que sobrecoge y admira causando asombro y respeto. La ciudad ya no es lo que era, que no en balde pasa el tiempo, y aunque el Arlanzón la besa ya no protege los cercos, porque no quedan baluartes contra arietes y maderos, y en vez de las aspilleras se alza en su borde un paseo lindo y fresco en el verano, y más que frío en invierno. Visten hoy los burgaleses no militares arreos, sino la folgada capa y montera de pellejo. Las burgalesas son hembras hermosas de alma y de cuerpo, como aquella que os dió ratos tan horribles y tan buenos. Y se face todavía aquel riquísimo queso que con candel de la tierra y un buen trago de lo añejo, vos devolvía los brios perdidos en los encuentros, al volver de la campaña polvoreado y maltrecho.

Del otro lado del río y en la picota de un cerro, se levanta la Cartuja, histórico monumento, que en magnífico sepulcro guarda de D. Juan los restos, y sirve á unos cuantos frailes de albergue y de cementerio. Y allá abajo en la llanura se ve también el convento de las *Hueigas*, gente noble, importante en otros tiempos, que agora sólo la sirve á la historia de recuerdo.

Burgos es, considerada con espíritu moderno, una ciudad muy bonita, con círculos de recreo, cafés, teatro, alamedas... de conjunto pintoresco, y en medio de esto, esa vida que es vida de los que fueron y que recuerdan en sombras los campanarios escuetos, los chapiteles calados, los murallones deshechos,

los escudos carcomidos en las casas y los templos... (¡Perdón joh, Cid! se me olvida que sois castellano viejo, y me he dejado la fabla escondida en el tintero.)

Agur, mi buen don Rodrigo, folgárame yo en extremo de haber dado á vuestra patria los elogios que deseo y de que al pasar la vista

no arrugáredes el ceño, y mi homildoso romance vos parezca cuasi bueno.

Rescebid aquesta prueba de sumiso acatamiento, vos, emblema legendario del valor caballeresco, y presentad en mi nombre de paso los mis respetos á mi dueña la fermosa Jimena, cuyos piés beso.

SINESIO DELGADO.

COSA CORRIENTE

Con cuatro trapillos por todo equipaje y un par de pesetas por todo caudal, salió el pobre mozo de Villatontaina llamándose á secas Fulano de Tal. Tristán é indeciso, sin rumbo marcado, danzó varios días de aquí para allí, después de los cuales con paso seguro, se vino á la Corte diciendo entre sí: —«Jamás he sabido lo que es el talento, ni tengo siquiera sentido común; por eso la gente del pueblo, me dice que soy un *grandismo* pedazo de atún. Seré lo que quiera la gente del pueblo; tendré muchas faltas, no digo que no; mas yo he de hacer cuartos porque otros los hacen, y son treinta veces más brutos que yo.»

Lo cierto es que el mozo por *fas* ó por *nefas* ansioso sin duda de dar en el *quid*, en clase de pinche se fué á las cocinas de cierto palacio condal de Madrid, á tiempo que entraba también, de doncella, Leonor, una chica nacida en Jaén, morena, incitante,

locuaz, ardorosa, gentil y resuelta; en fin, de *chipén*.

.....
—Se puso tan triste la pobre muchacha por causa de aquella dolencia interior, que el Conde se dijo: —«Manolo, esta chica te va á dar un susto de marca mayor. Aquí no conviene dormirse en las pajas ni ver el asunto con calma glacial, porque es muy posible que si te descuidas se lleve el demonio la paz conyugal. Arregla la cosa de modo que nadie descubra la trama que pienses urdir, y así fácilmente saldrás del conflicto; que de otros más graves supiste salir.»

.....
Había dinero y astucia de sobra; de modo que, claro, ¡figúrese usté! La moza y el pinche se unieron. El *otro* les puso una tienda de yo no sé qué, y aquel almendruco que vino á la Corte llamándose á secas *Fulano de Tal*, hoy sigue tan simple como el primer día, pero tiene cuartos, que es lo principal.

J. LÓPEZ SILVA.

UNA VISITA DE CUMPLIDO

Era la primera que yo iba á hacer á las señoras de Contrata-pa, amigas de la familia de mi mujer.

Después de resistirme á ello cuanto pude, una lluviosa tarde del mes de los amores felinos, me dirigí al domicilio de las mencionadas señoras con la mejor ropa y el peor humor que yo tengo para mi uso.

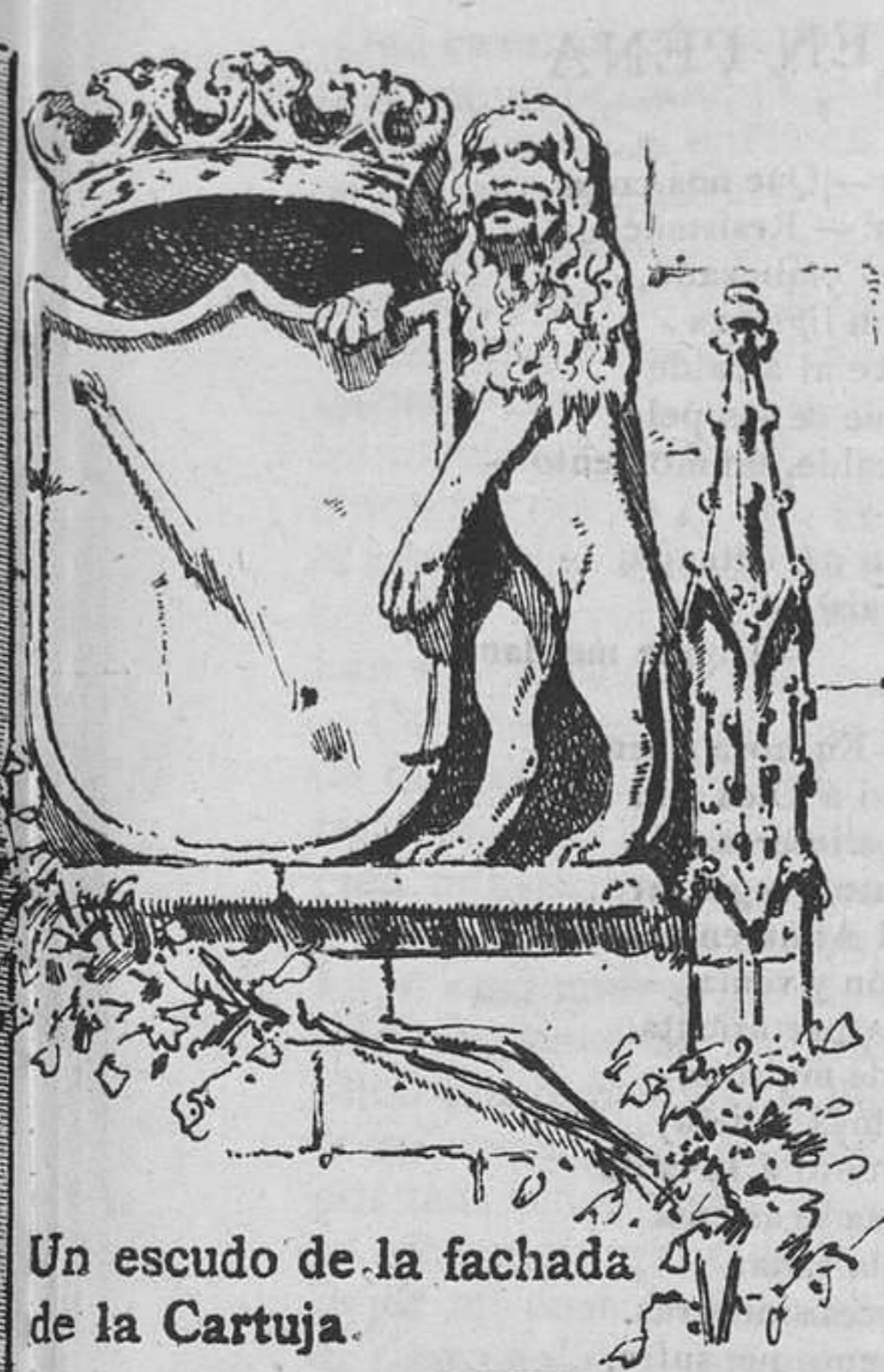
El primer contratiempo consistió en olvidáreme el número de la casa y tener que recorrer la calle de cabo á rabo deshaciendo botas y haciendo preguntas, á las cuales contestaban todas las porteras de un modo seco, excepto una que me echó encima la mitad del agua que estaba poniendo en la jaula de su canario.

Por fin resultó ser el 13 el número de la casa. Penetré en el portal, me enganché en un ruedo limpia-barros y caí sobre la hija de la portera, quien de resultas estuvo con la *diabetis* mes y medio. Subí al segundo piso, llamé por equivocación en otro cuarto, donde vivía un cajero que me echó con cajas destempladas en pago del campanillazo involuntario con que le obsequié. Dí al cabo con la propia habitación de mis desconocidas amigas y salió á *abrirme* una muchacha muy bien parecida... á su madre, que es horrorosa.

—¿Están las señoritas?—pregunté.



Un fraile de la Cartuja de Miraflores.



Un escudo de la fachada de la Cartuja.



En el mercado de la Plaza Mayor.

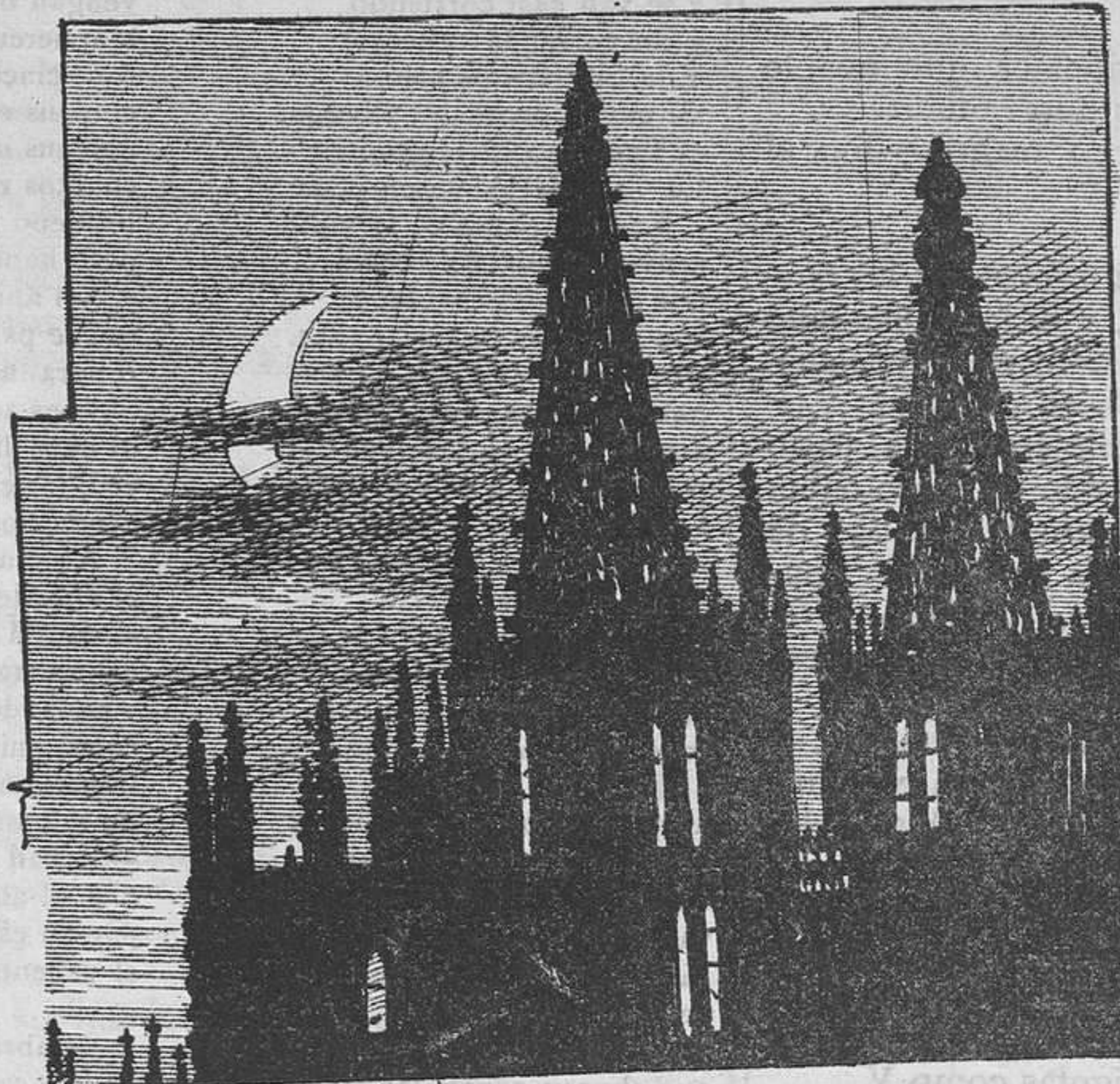
Yo soy de Gamonal pa lo que ustedes gusten mandal



El señor Papamoscas.



Procedente de la iglesia.



La catedral.



Una monja del Real Monasterio de las Huelgas.



La primera impresión que se siente es de frío.



El solar del Cid.



La plaga del país.



En VILLIMAR.—Este bailecito acaba pidiendo dos reales á cada forastero.

—Caballero, yo soy la hija de Doña Presentación—me contestó la joven.

—Como hay tan poca luz, creí que era V. una doncella.

—Pues está V. equivocado, caballero.

—Usted perdone.

—Y sin dar tiempo á más, desapareció. Después golpeó una puertecilla con la mano; y dijo en voz baja, pero perceptible para mí:

—Mamá, ahí está un señor muy raro que viene de visita.

—¿Quién es?

—Un tipo de barba espesa y pantalón claro.

—¡Maldita sea su estampa! Acabo de entrar y ya sabes que yo tardo mucho. ¿Qué tripa se le habrá roto á ese caballero?

Me cercioré de que no se me había roto tripa ninguna, tragué medio litro de saliva, y, guiado por la joven que me había abierto, penetré en una sala oscura, pero pequeña.

—Siéntese V.—me dijo la muchacha, y se retiró.

Me senté en el sofá, cuyos clavitos me rompieron el pantalón, dejé el sombrero á mi lado y esperé media hora larga (y aun creo que ancha también) la presentación de Doña Idem.

Por fin apareció su hija con un niño de tres años que venía comiendo con verdadero entusiasmo un pastel relleno de cabello de ángel caído.

—¡Qué niño tan hermoso!—dije yo.—¿Este es el mayorcito?

—No señor.

—¡Ahl! ¿Es el pequeño?

—Tampoco.

—¡Vamos! El mediano.

—Tampoco. No tenemos niños, aunque nos esté mal el decirlo.

—¿Pues qué es esto?

—Es el hijo de nuestra vecina Doña Egipciaca que nos le deja y aquí se pasa el angelito comiendo las horas muertas.

—Yo no cómo las horas; y muertas, mucho menos—dijo el rapaz.

—Es muy simpático. Dame un besito.

El niño dejó el pastel sobre una butaca, me besó en las barbas esmaltándolas de partículas de hojaldre, y se fué, Dios sabe á dónde, montado en mi más apreciado bastón, de cuyos choques en el pavimento sentía yo la repercusión en mi alma.

Al poco rato, la señora de la casa se personó en la sala, tomó asiento en el sofá, pasé yo á la butaca en donde el chico había dejado el pastel sin reparar en ello, comenzamos á hablar de lo de siempre, y cuando ya llevábamos una temporada conversando sobre la temperatura, los temporales, el tiempo y el temperamento de cada cual, se me ocurrió preguntar á la joven:

—¿Y su papá de V.? ¿Sigue en el campo?

—Sí señor, en el camposanto—me respondió tristemente.—(Nueva plancha. Había yo confundido á esta familia con otra cuyos individuos alternando los goces campestres con los piadosos, tan pronto están en la quinta como en la novena).

—¡Pobre Contratapa! ¡Si V. le hubiera conocido!—añadió doña Presentación, derramando dos gotas de bandolina, que parecían dos lágrimas.—Y en verdad, que V. debió conocerle; porque siendo V. poeta y él intérprete de navío, de seguro se verían VV. alguna vez. Además decía chirigotas como V.

—Pues á pesar de eso, no le recuerdo, señora.

—El infeliz conocía casi todos los idiomas. Como que decían que era poligonal.

—Políglota, mamá—dijo la joven rectificando.

En esto sonaron á lo lejos un chasquido y varios ayes infantiles. ¡El nene había partido el bastón y daba unos gritos que partían el alma!

Instintivamente nos levantamos los tres, y observé que mi sombrero había permanecido agobiado bajo el peso de Doña Presentación.

Corrieron ésta y su hija hacia el sitio de la catástrofe. Seguílas por un pasillo tenebroso, y de pronto, ¡zas!, tropecé en una cosa dura y caí desplomado rompiéndome la nariz contra una escalera de mano, y oyendo los terribles apóstrofes que la señora de Contratapa me dirigía.

¡Como que mis piés habían aplastado un galápago á quien su dueña mimaba y quería cual si fuera hijo suyo!

Poco después salía yo con las manos en los bolsillos, mutilada la nariz, con un clac inesperado en la cabeza y medio pastel de cabello de ángel pegado á los faldones de la levita.

Excusado es decir que los granujas me zaherían por la calle y los transeúntes se me reían en mis hojaldradas barbas.

—¿Viene V. de alguna juerga?—me preguntó un sujeto.

—No señor. Vengo de una visita de cumplido.

—¡Pues si llega á ser de confianzal...

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

LA CASA DEL ALMA EN PENA

Hay en la villa una casa de muy extraña apariencia, denunciada por ruinosa y abandonada por vieja. Según cuentan los vecinos, un tiempo habitaba en ella una pobre viejecilla rayana ya en los ochenta. Como no trató con nadie ni anduvo de puerta en puerta con las vecinas, trayendo á otras vecinas en lenguas, dieron en decir que andaba estudiando ocultas ciencias, y murió en olor de bruja, de vejez y de miseria. Desde entonces la tal casa empezó á infundir sospechas y todos piensan que habitan duendes y trasgos en ella. Unos dicen que el demonio allí de noche pasea, y otros que en ella las brujas sus aquellarres celebran. Lo cierto es que allí, de noche, son pocos los que se acercan, y esos aprietan el paso al pasar frente á la puerta, temblorosos se santiguan, breves oraciones rezan, y se van casi corriendo y sin volver la cabeza. Y la casa donde sólo tal cual murciélago alberga, es llamada por las gentes La Casa del Alma en pena.

Las campanas de la villa, graves, sonoras y lentas, por once veces hablaron con sus bronceadas lenguas. (Aunque con menos poesía, hablando con más llaneza, diré que dieron las once para que todos lo entiendan.) La blanca luna callada (porque nunca fué parlera) de las elevadas torres dibujaba las siluetas. Las casas están cerradas, las calles están desiertas, todo calla, todo duerme, nadie bulle, nadie vela. Mas ¿qué son aquellas luces pálidas, tristes é inquietas, que lentamente bajando van por aquella calleja? Pisadas allí se escuchan acompasadas y lentas, y ruido de regatones que chocan contra las piedras. Son un alcalde y corchetes con varas y con linternas que van haciendo la ronda con más miedo que vergüenza. Apresurado hacia ellos un embozado se llega. —¡Silencio—grita el alcalde,— gente viene, á la defensoral Y volviendo las espaldas á la sombra que se acerca el alcalde y los corchetes todos á la fuga apelan. La sombra sigue tras ellos pidiendo que se detengan.

Unos dicen: —¡Que nos cogel! Otros gritan: — Resistencial No desiste el embozado, que se va con ligereza á dar alcance al alcalde que corre que se las pela. — Señor alcalde, un momento — le dice.

—No me detenga.

—¿Dónde vais?

—Donde me llama

la justicia.

—En hora buena,

señor; mas si á Dios y al Rey

hoy servir os interesa,

llegáos pronto á registrar

La Casa del Alma en pena.

soy comadrón y venía

de ver á una parturienta.

(A eso salí de mi cama

que si no jamás saliera)

y al pasar junto á la calle

donde la casa se asienta

oí que de ella salían

gritos de voces siniestras.

Allí hay alguno que sufre,

puesto que se oyen sus quejas;

y pues se encuentra indefenso,

prestarle socorro es fuerza.

—Contra mí—dice el alcalde—

vengan muy en hora buena,

si quieren, de cinco en cinco

ó de cincuenta en cincuenta,

con sus espadas desnudas,

con sus navajas abiertas,

cuantos rufianes y guapos

lo ajeno y prohibido acechan;

pero habérselas con trasgos

y con ánimas en pena,

quede para el Santo Oficio

ó para la Santa Iglesia.

—Pues aquí está la parroquia,

al cura diré que venga,

y todos con él iremos

dispuestos á su defensa.

Acepta el prudente pacto

el alcalde, aunque le pesa;

el cura á marchar con ellos

cristianamente se presta,

y andando poquito á poco,

como quien no lleva priesa,

llegan, más muertos que vivos

de la casucha á la puerta.

—Echad el portón abajo—

dice el alcalde. ¡Allí es ella!

¿Quién es, de los alguaciles,

el valiente que se acerca?

.....

Se abre en esto una ventana

de una casucha frontera,

y armado de un candilejo

un mozo aparece en ella.

—¿A quién busca la justicia

y en esa pobre vivienda?—

pregunta, y el buen alcalde

—¡Al demonio!—le contesta.

—No habéis oído esta noche

ahí dentro voces siniestras?

—Sí señor; mas son los gatos,

que, como Enero se acerca,

por los tejados entonan

sus amorosas endechas.

JOSÉ ESTREMERÁ.

¡QUE NO ME CASO, EA!

Es mucho cuento, Sinesio, lo que á mí me está pasando. Soy aún joven, aunque pobre; soy buen mozo, aunque algo flaco; estudio siempre que puedo; cuando no estudio, trabajo; nunca me metí con nadie; tengo un genio amable y franco, y para que nada falte al verídico retrato diré á usted (modestia aparte) que soy todo un buen muchacho.

Pues bien, acaso por eso (y maldigo yo ese acaso), es el caso que con todas las chicas me están casando, y á cada vuelta de esquina exclama cualquier zanguango:—«¡Hola pillín, ya me han dicho!... ¿Por qué es usted reservado?... ¿Esas tenemos, Doctor?...

¡Qué cazarrol! ¡Vaya un paso! ¡Por qué la boda me oculta como si fuera un pecado? ¡Y la novia es hasta allá! ¡Valiente picaronzol... Conque... envíeme los dulces que si no, no le regalo... ¡Vaya, tocan á casar!—¡Vaya una broma, canastos!—exclamo yo,—y ciertamente, esto ya es extraordinario, inaguantable, insufrible, y reventaré si callo.

Me unen á cuantas mujeres, arrastran vestido largo, hallando siempre razones de que ceda á sus encantos. Las maduras por formales, las muy niñas por los años, las feas por el talento, las chiquitas por el garbo, las ricas por los millones, las pobres por el recato... lo mismo les da que tengan el cutis moreno ó blanco, se tiñan de rubio el pelo, ó se den mano de gato... con todas han de casarme por lo que voy observando.

Convénzase, pues, que ya no es posible estar callado, á menos de que atravesase Madrid, con los ojos bajos, sin atreverme á mirar á las jóvenes, temblando de que exclamen:—¡Seductor!—cien mil suegras á mi paso.

Muchas veces á *Almaviva*, *Monte Cristo* ó *Monte... Diablo*, en fin, á cualquier señor de los que están en el ramo de revistas de salones, pensé dar un tarjetazo, escribiendo:—«Señor mío: Le suplico por San Marcos, diga usted á todo el mundo, *perfectamente informado*, que este su amigo, Don M. de T. L., *Doctor Fausto*, por más señas y soltero, gracias á Dios, no ha encontrado *encore* su *demi* naranja, que no tengo novia ¿estamos? y que no pienso dejar mi puesto en el celibato. Me *casan* con *veinticinco*, lo cual es demasiado y sólo se permitió que lo hiciera en el teatro, un sereno, hijo mayor de la Vega (Don Ricardo). Prometo seguir *sereno*, escribiendo y visitando, sin pensar, por el momento, más que en curar mis muchachos...»

Cese, pues, todo rumor, con el año que acabamos; y si alguno antes de tiempo, me siguiera toreando, juro por el MADRID CÓMICO (y es juramento sagrado), que cual vil calumniador, sin prevenirle, le mato. ¡Qué digol mucho peor, le cojo, voy... ¡y le *casol*!

Por Dios, amigo Sinesio, mi buen Sinesio Delgado, líbreme de estas guasitas que me hacen pasar mal rato; dígame á *todo Madrid* desde el MADRID afamado (si es preciso, hasta los chicos que lo digan voceando) que por lo mismo que algunas urdieron ese bromazo, ¡ahora no me caso, ea! Lo dicho, ¡que no me *casol*... Su yo, verdadero amigo que le quiere—EL DOCTOR FAUSTO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Querido amigo Vicente: Nadie más feliz que yo, porque mi mujer salió del paso dichosamente. Y para mayor consuelo el Señor me ha dado gusto, mandando un varón robusto que es un encanto del cielo. No creas que yo le adulo, pero el chico es muy hermoso. ¡Si estoy yo más orgulloso! ¡Sólo que lo disimulo! Y tengo que hacerlo así porque el pequeño es muy mono, y piensan que me doy tono porque se parece á mí. Es un modelo de hijos; ¡si vieras! le estoy hablando y se me queda mirando con unos ojos tan fijos, que á veces le hago sufrir con tanto beso y abrazo; soy, en fin, lo más padrazo que se puede concebir. Ya lo quieren bautizar y me opongo á tal porfía. ¡Y si hace una noche fría y se llega á acatarrar? No creas, esto es achaque, no se acatarrá; ¡es un hombre! Lo que es que no encuentro nombre bonito en el almanaque.	El suyo dice su madre que al niño se debe dar, pero no, que ha de llevar el mío, que soy su padre. Y tengo razón de sobra. ¡Dí, Vicente, no es mejor que yo que soy el autor le dé mi nombre á la obra? Ya han empezado en mi casa las juntas y cabildos, confiriendo al chico empleos y profesiones sin tasa. El uno lo hace Doctor, y el otro lo hace Abogado; éste, Ministro de Estado, y estotro, Gobernador. Él asiste á la porfía mamando que mamarás, y como comprenderás, no dice esta boca es mía. Concluyo porque al seguir fuera prolijo, Vicente. En cuanto eche el primer diente ya te volveré á escribir. Dispersa la pesadez y la <i>lata</i> que te doy; pero hazte cargo que soy padre por primera vez. Conque adiós, y aquí hago fin porque el pequeñuelo llora; afectos de mi señora y besos del chiquitín.
---	---

MIGUEL LEBRÓN.



Un anuncio:
«Lomos, á dos pesetas kilo; tocino fresco y salado, y manteca

en rama y derretida, á seis reales; salchicha, longaniza y morcillas, á dos pesetas; chorizos extremeños, jamones frescos...»
¡Bastal! ¡Cállese V., por Dios, que se le hace á uno agua la bocal

✱
Se han acabado en Murcia
y en Cartagena
las inauguraciones
de las escuelas.
¡Cuánto se ha hablado
de don Manuel María
José de Galdol

✱
Señores Comisionados de la Liga Agraria:
A VV., que están ahora pidiendo tantas cosas, voy á suplicar un favor que agradeceré infinitamente.
Además de la rebaja de contribuciones, de la abolición del impuesto de consumos, de la creación de gabelas sobre el papel del Estado, etc., etc., exijan VV. del Gobierno una cosa.
¡Que me *empedren* la calle!

✱
La concentración de rusos,
sobre la frontera austriaca,
nos tiene tan intranquilos
que no probamos el agua.

✱
Se han publicado los cuadernos XI y XII de la notable obra *Los guerrilleros de 1808*, que con merecido éxito da á la estampa D. E. Rodríguez Solís.

Titúlanse *Las Cortes de Cádiz* y *La Albuera*. Contienen, como los anteriores, datos interesantísimos y curiosos, y adorna su texto multitud de grabados.

Cuesta una peseta cada uno. Como valer, valen más.

✱
Don Nicasio tenía una criada
sisona, callejera y deslenguada,
y una mujer lo mismo que una fiera,
deslenguada, atrevida y callejera.
¡Hay mucha gente en el hogar tranquilo
con el alma en un hilo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Madrid.—Usted sabe hacer epigramas; pero los asuntos de los que me remite son manoseados.
Sr. D. P. C.—Málaga.—Uno es del sainete *Ultramarinos*, y otro no tiene *chic*.
Sr. D. A. de la V.—Bilbao.—Digo á V. lo mismo que á D. J. C.
E. V. Genio.—Idem ídem; es decir, también manoseado.
Sr. D. T. C. P.—Madrid.—Ambas tienen el mismo defecto, son *anodinas*, y no carecen de ripios.
Sr. D. J. C.—Valladolid.—Sirve.
Un cano.—Pase todo, menos lo de que aquí tengamos consideraciones á los suscriptores para la publicación de trabajos. ¡No señor! Para nosotros todos son iguales, y no se admite dinero directa ni indirectamente. Puede V. enterarse, porque es cosa que sabe todo el mundo.
Un cabayero con asistencia ó sin ella.—Lo que no tiene V. es pizca de moralidad.
Gloria.—Seguimos enviándolos al colegio.
Sr. D. C. A.—Cáceres.—Para los libreros á 35 céntimos.
Antón Perulero.—¡Hombrel! tiene V. más gracia que... no sé lo que iba á decir. Se la mandaré al interesado.
Un aprendiz.—Y que tiene que aprender bastante todavía.
Un científico aragonés.—¡Otra que Dios! También hay graciosos en Zaragoza.
Sr. D. J. A. B.—Barbastro.—Un millón de gracias por su galante ofrecimiento.
Sr. D. P. A. de T.—Madrid.—Tiene salero, pero resulta *lata* para el público.
X.—Burgos.—Temo que no sea verdad tanta belleza; pero, en fin, remita la prueba.
Chín chín.—¡Caracoles! ¡qué porquería!
Sr. D. J. G.—Reus.—¡Si viera V. qué malo es eso!
P. Q. Nia.—En cambio, eso no es más que mediano. Y siempre es un consuelo.
Sr. D. M. T. R.—Tortosa.—Enviaré los recibos cuando se presenten á cobrar.
Sr. D. E. P. S.—Valencia.—Tres eran tres, y las tres eran... impublicables.
Pirriacas.—¡Ay Pirriacas, Pirriacas, Pirriacas,
qué cosas me sacas,
qué cosas me sacas!

MADRID—1887. Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934

¡ARSA!



La verdad es que las tardes buenas se deben aprovechar para dar un pasec.

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañía COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA (APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

- Sin encuadernar. 20 pesetas**
- Encuadernado en tela. 25**
- Cartulinas sueltas (cada una). 0,50**

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.